

ACTO DE APERTURA



DISCURSO DEL ILMO. SR. D. PEDRO RODRÍGUEZ,  
DECANO DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA  
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmo. y Magnífico Señor Rector,  
Ilmo. Sr. Vicario General de la Archidiócesis de Pamplona,  
Ilustrísimos Señores,  
Queridos colegas y amigos,  
Señoras y señores:

Mis palabras primeras en este XIX Simposio han de ser, gozosamente, palabras de saludo a los participantes en el Simposio, de bienvenida a todos y a todas en mi doble condición de Decano de la Facultad de Teología y de Presidente del Simposio que ahora comenzamos. Es para mí un honor, una vez más, recibir —con ocasión de esta Reunión científica, ya tradicional, de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra— a esta ilustre concentración de teólogos, exégetas, patrólogos, historiadores, hombres y mujeres interesados en la investigación de la Palabra de Dios. Un Simposio, el de este año, que tiene como tema «El Espíritu Santo y la Iglesia». Un tema que ha sido fruto de una laboriosa elección, distribuido su análisis con arreglo a la estructura que se refleja en el Programa de trabajo, comunicado a todos Vds. desde hace ya medio año y, como he podido personalmente comprobar, muy meditado y muy preparado por todos los participantes, especialmente por los ponentes y los autores de las comunicaciones, los más directamente implicados en el Simposio. A todos, pues, mi más cordial bienvenida y el saludo fraternal de nuestro Claustro Académico.

Permítanme una palabra sobre la elección del tema. Quizá deba decirles ante todo que este Simposio —XIX de la serie anual de nuestra Facultad— ha sido encomendado al Departamento de Eclesiología, que tengo el honor de presidir. El tema que mi Departamento propuso se integra dentro de la reflexión que la Facultad está llevando a cabo, con toda la Iglesia, desde que el año 2000 se situó en el horizonte del pensar y del vivir cristiano. Ya tuve ocasión de comentarlo el pasado año con motivo de la inauguración del XVIII Simposio, que

estuvo dedicado —como recuerdan— al estudio de «Cristo y el Dios de los cristianos», para unirnos de esta manera a la temática señalada por el Santo Padre para el año 1997. Esta reflexión —decía entonces— no ha sido propiamente fruto de un acto de gobierno de la Facultad, sino de la realidad de la vida y del diálogo teológico dentro de la Facultad misma, de la ósmosis —podríamos decir— entre la comunidad académica, la Prelatura del Opus Dei y las Iglesias locales, que ha provocado, de hecho, una concentración del trabajo de todos los Departamentos y de la docencia en la meditación del misterio de Dios que se revela en Cristo. Se inscribe, pues, el tema de este Simposio, como el del año pasado y el del próximo año, en la profundización acerca del Misterio de la Trinidad de Dios con ocasión del ya inmediato milenio, *tertio millennio adveniente*, por decirlo con las palabras ya célebres de S. S. el Papa Juan Pablo II. Nuestro trabajo está, por lo demás, al servicio del gran movimiento espiritual y pastoral que esta fecha tan señalada está suscitando en la Iglesia.

Este segundo año de la preparación inmediata al Gran Jubileo está consagrado al Espíritu Santo: «El año 1998 —escribía el Santo Padre— se dedicará de modo particular al Espíritu Santo y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo». Este es nuestro tema. Ayer me llamaba por teléfono el Prof. Rovira Belloso, de la Facultad de Teología de Barcelona, para comentarme un aspecto de su comunicación, por cierto muy sugestiva. En la conversación emergía una sensación, compartida por muchos: que, efectivamente, el Espíritu Santo está moviendo a la Iglesia y a la Teología a adentrarse de una manera renovada en la meditación y consideración de la Tercera Persona de la Trinidad Beatísima. El Departamento de Eclesiología, al decidirse a asumir como tema de su Simposio el tema del Espíritu Santo, veía con toda claridad que la comunidad académica esperaba que el tema fuera abordado en perspectiva eclesiológica. De ahí el título del Simposio: «El Espíritu Santo y la Iglesia». Esta fórmula, en la mente de los organizadores, querría sintetizar sencillamente lo propuesto por el Papa. Cito al Santo Padre: «la presencia santificadora del Espíritu Santo en la comunidad de los discípulos», es decir, en la Iglesia. Pero, de otra parte, el Departamento es bien consciente de que la Eclesiología —y a mi entender esto se percibe hoy de manera creciente— es, cada vez menos, un sector o parcela de la Teología dogmática, para ser como una concentración económico-salvífica de toda la Teología, de manera que los tratados clásicos de la Dogmática no se le aparecen —al estudioso de la Eclesiología— como «otros sectores» que brindan imprescindibles presupuestos para el pensamiento eclesiológico, sino que los encuentra implicados, en su radical comprensión teológica, en el hacerse mismo de la Eclesiología. Esto tiene como

contrapartida otra experiencia simétrica que hacen los cultivadores más directos de esos otros sectores de la Dogmática: que se les impone la necesidad del pensar eclesiológico para encontrar el «*humus*» de la dimensión salvífica de la Revelación. Esta doble experiencia no es en realidad —así me lo parece— sino el trasunto, muy vivo en la época que sigue —entre luces y sombras— al Vaticano II, de algo que sabían muy bien los grandes de la Teología de todos los tiempos: que la Teología es «átoma», como decía Tomás de Aquino y a mí me gusta repetir y explicar una vez y otra.

Esta digresión, por la que pido excusas, quería tan sólo subrayar ante Vds., qué necesario aparecía ante los organizadores del Simposio dedicar la primera jornada a las ponencias que mantendrán los Profesores Jean-Miguel Garrigues y Bruno Forte. Si la Iglesia es, por auto-comunicación de Dios en el Espíritu, comunión de los hombres con las Personas divinas, no se puede estudiar esa comunión «espiritual» —en el sentido más fuerte de la expresión: en el Espíritu— sino contemplando primero, *in divinis*, al Espíritu, en su eterna *exporeusis* a partir del Padre caracterizado por el Hijo (es el tema del Prof. Jean-Miguel Garrigues) y contemplando después el misterio de la misión del Espíritu a Jesús y de Jesús enviando al Espíritu, que es el tema del Prof. Bruno Forte. Las dos ponencias que escucharemos esta mañana, a cargo de teólogos tan ilustres, nos ofrecerán esta tarde ocasión de un hermoso debate.

Sin duda, con estas intervenciones hemos comenzado a poner las bases de esa comunicación económico-salvífica del Espíritu, que hace de la Iglesia una comunión de muchas personas humanas con las Tres Personas divinas. Y aquí entra la ponencia del Prof. Villar, cuyo tema me parece central en nuestro Simposio y que aparece formulada así: «El Espíritu Santo, *principium unitatis Ecclesiae*». Cómo lo sea, se decide de alguna manera en las dos ponencias trinitaria y cristológica, a las que acabo de aludir. Pero, a su vez, ese principio trascendente de unidad, comprendido «en la economía», debe ponerse en inmediata relación y contraste con las dimensiones —llamémoslas así— históricas e institucionales de la Iglesia y, en concreto, con la insoslayable cuestión del ministerio de los Apóstoles y del ministerio de la sucesión apostólica, una de las cuestiones fuertes del Ecumenismo, que abordarán los Profs. Leuba, Leb y Gherardini, en perspectiva reformada, ortodoxa y católica respectivamente. Una jornada, pues, la del segundo día, que promete mantener el interés que suscita el debate de hoy.

Pero la Iglesia que vive en el Espíritu es de carne y hueso, como su Señor, el Hijo de Dios hecho Hombre. El Espíritu no «aletea» desde fuera; es, como decimos, el principio mismo de su unidad y de su

vida: es, no uno de los dones, sino sencillamente el Don; el Don que hace a la Iglesia el Padre por el Hijo, que penetra hasta los entresijos de su ser y de su operar. Digo esto para situar la tercera jornada de nuestro Simposio. Porque el vivir de carne y hueso de la Iglesia se concentra en la asamblea litúrgica que celebra la Eucaristía —«acción trinitaria», como le gustaba decir al Fundador de nuestra Universidad, el Beato Josemaría Escrivá— y es cuestión de la máxima importancia discernir en ella la acción de Cristo y la del Espíritu en la glorificación del Padre, tema del que se ocupará el Prof. Pedro Farnés. Por otra parte, ese vivir terreno de la Iglesia, que es comunión ordenada a la misión, se despliega en el día tras día de la historia gracias a la división de carismas y ministerios que hace el único y mismo Espíritu: es la ponencia del Prof. Pellitero, al que agradecemos vivamente que haya interrumpido su año sabático en Estados Unidos para ilustrarnos este último tema del Simposio, que ahora comenzamos.

Al comenzar el Simposio del año pasado y con ocasión de este mismo saludo a los participantes, les comunicaba una convicción mía al observar el horizonte teológico de nuestra época. Y era ésta: que la teología del futuro, para poder cumplir su doble función —contemplativa de Dios y servidora del hombre—, tendría que ser, de manera muy acusada, una teología doxológica, una teología que cante a Dios y anuncie al hombre la grandeza, la misericordia y el amor de Dios a su creación; una teología que no se enrede excesivamente en proponer diseños de eficacia temporal y humana. Este Simposio que ahora se inaugura me parece que, por su propia estructura interna, sirve a esa esencial dimensión doxológica. La gloria es al Hijo, y al Padre por el Hijo, y en ellos al Espíritu Santo. Pero el movimiento de glorificación parte del Espíritu, que para eso es enviado por el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo, según el Cristo de San Juan, es el que glorifica al Hijo («Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará»: Jn 16, 14), y la Tradición de la Iglesia, al decirnos que el Espíritu obra la cristificación del cristiano y de la Iglesia, nos está diciendo que es el Espíritu el que hace que nos unamos al Hijo para poder dar al Padre toda la gloria. Y en esto es glorificado el mismo Espíritu. Pero sólo lo es en la glorificación del Padre y del Hijo. Podemos hablar, con el gran teólogo ortodoxo rumano Staniloae, de una *kénosis* del Espíritu. El Espíritu está escondido, por eso no se le ve. Por eso solía llamarle el Beato Josemaría Escrivá «el Gran Desconocido». No sólo porque no sea frecuente el trato del hombre con el Espíritu, sino por algo mucho más profundo, por la *kénosis* del Espíritu, en la cual el Espíritu, que se mete «dentro», se coloca «detrás»: empujando, inspirando, dirigiendo, poniéndonos «delante» al Padre y al Hijo, a los que va nuestro diálogo de Amor: *Abba... Jesús...* Un diálogo que Él —el Espíritu— provoca

en nosotros y produce el encuentro con Dios. Por eso podemos decir que, si hay efectivamente una *kénosis* del Espíritu y —como va a sostener en su comunicación el Prof. Rovira Belloso— el Espíritu Santo es la gloria del Padre y del Hijo, podemos nosotros decir que el premio que nos espera, si vivimos en fidelidad el camino que señala Jesucristo, es, en la contemplación de Dios, *ver* la gloria del Padre y del Hijo, es decir, al Espíritu Santo.

Acabo, por fin. Quiero agradecer de nuevo la presencia de todos ustedes, especialmente la del Señor Rector, que nos preside, y la del Sr. Vicario General, a quienes nos disponemos a escuchar con atención suma. Nada más. Deseo a todos que los trabajos del Simposio sean fecundos y gozosos. Y muchas gracias también por la atención que han prestado a mis palabras.





DISCURSO DEL ILMO. SR. D. JOSÉ LUIS ZUGASTI,  
VICARIO GENERAL DE LA ARCHIDIÓCESIS  
DE PAMPLONA-TUDELA

Excmo. y Magnífico Sr. Rector,  
Ilmo. Sr. Decano,  
Ilustres Profesores,  
Señoras y Señores:

Reciban el cercano y entrañable saludo de nuestro Excmo. Sr. Arzobispo D. Fernando Sebastián Aguilar. Le hubiera gustado estar presente en este acto de apertura del célebre Simposio Internacional de Teología, organizado por esta fecunda Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. La causa de su ausencia es de todos conocida. Se encuentra en Madrid participando en la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

En su nombre viene un servidor, Vicario General de Pamplona y Tudela. Les presento mi mejor saludo, portador de los mejores deseos para todos Vds. Bienvenidos a esta ciudad, capital del antiguo Reyno de Navarra. Navarra es bien conocida en toda España y en bastantes países de otros continentes, debido a esta acreditada Universidad de Navarra. Y es conocida mundialmente, por la santidad de vida, sonora y luminosa, del más grande de los misioneros, San Francisco de Javier. Francisco es la gran joya de la Iglesia en Navarra. En él se percibe su fidelidad al Espíritu de Jesús Resucitado y su talante de cristiano, miembro vivo de la Iglesia universal y misionera.

Os felicito por el tema elegido para este XIX Simposio: «El Espíritu Santo y la Iglesia». En el pasado mes de octubre tuvimos en nuestras Diócesis de Pamplona-Tudela las ya tradicionales Jornadas Pastorales, con las que iniciamos el nuevo curso pastoral. El tema elegido fue «El Espíritu Santo y la Iglesia». No ha habido mera coincidencia ni casualidad entre las Jornadas Pastorales diocesanas y este Simposio organizado por esta Facultad de Teología. Unos y otros, en perfecta sintonía, nos hemos centrado en el Espíritu Santo y seguido el plan y directrices

propuestos por nuestro querido Papa Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica *Tertio millennio adveniente*.

Nos dice la mencionada Exhortación en el n. 44: «El año 1998, segundo año de la fase preparatoria, se dedicará de modo particular al Espíritu Santo y a su presencia santificadora dentro de la comunidad eclesial de los discípulos de Cristo. La Iglesia no puede prepararse al cumplimiento milenario de otro modo, si no es por el Espíritu Santo».

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos revela la «primera Historia de la Iglesia». Algunos vienen llamando a este libro inspirado el «Evangelio del Espíritu Santo». En él aparece con deslumbrante claridad la relación entre el Espíritu Santo y la Iglesia. Se descubre cómo el Espíritu iba suscitando en bastantes de sus miembros la vocación misionera y apostólica, a través de la cual surgían nuevas comunidades, dotadas de diversos carismas, a las que el propio Espíritu fortalecía y mantenía en la unidad.

El contenido de las diversas ponencias que van a ser desarrolladas por prestigiosos profesores tendrán como eje central a Jesucristo, el Ungido por el Espíritu Santo. Cristo es el centro de la Iglesia, de cualquiera de sus comunidades eclesiales bien cimentadas, y de todo hombre cristiano. Pero es igualmente cierto que en la Iglesia nada acontece ni se realiza sin la intervención del Espíritu Santo. Tras el pecado de nuestros primeros padres, en la voluntad salvífica de Dios aparece la Iglesia como proyecto del Padre, para ser realizado por Jesucristo, en el amor del Espíritu Santo, cuando llegara la «plenitud de los tiempos».

En este final de siglo en el que hasta la fragmentación, división, rupturas, deserciones y algunas rivalidades se manifiestan en el seno de la Iglesia, vais a profundizar ilusionadamente en la viva realidad del Espíritu Santo, «principium unitatis Ecclesiae». El Espíritu Santo, «Señor y dador de vida», es el que suscita permanentemente los diversos carismas en pro de la humanidad y de la propia Iglesia. Es Él quien, fortificando la pluralidad y diversidad del Pueblo de Dios, garantiza la unidad en la comunión de la Iglesia Misterio, Misión, Apostólica, Una, Santa y Católica.

Como la Iglesia existe para la misión, para evangelizar, vais a tratar esta importante dimensión que pertenece a la naturaleza y esencia de la Iglesia: «El Espíritu Santo y la misión de la Iglesia». En esta nuestra Iglesia Particular estamos profundamente preocupados e inquietos porque queremos llevar a cabo la Nueva Evangelización, muy necesaria actualmente dado el elevado número de cristianos distantes, indiferentes y agnósticos. Queremos decididamente poner en práctica y generalizar una pastoral misionera «ad intra» y «ad extra». Esta es una dimensión importante de nuestro próximo plan pastoral.

Quiero felicitar y agradecer sinceramente a la Universidad de Navarra, al Decano de la Facultad de Teología, Ilmo. Señor D. Pedro Rodríguez, a los ponentes, y a todos los que han hecho posible la realización de este XIX Simposio Internacional de Teología. En verdad que es un nuevo don del Espíritu para la Iglesia Universal y de modo singular para esta Iglesia Particular en Navarra. Él va a ser el oculto ponente y principal protagonista. Él va a hablar por boca de todos Vds. que participan de uno u otro modo en estas jornadas.

El Espíritu es el gran Maestro que nos enseña, recuerda y ayuda a interiorizar vivencialmente el Mensaje de Salvación contenido en la Revelación entregada por Cristo a los hombres, según su promesa plenamente cumplida: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 26).

Que el Espíritu Santo por mediación de Santa María, la llena del Espíritu Santo y Madre de la Iglesia, les colme del precioso don de la sabiduría, para comprender más y mejor el Misterio de la Iglesia Comunión, les dé la fortaleza necesaria para fomentar siempre la unidad de la Iglesia y llevar a cabo gozosamente la actividad misionera, acomodada a las circunstancias y necesidades actuales.

